

# DOMINUS EST

Reflexiones de un Obispo del Asia Central  
sobre la sagrada Comunión

Mons. Athanasius Schneider

Extracto publicado por  
**Asociación Litúrgica Magnificat**  
Una Voce Chile

MMIX

Copyright 2008 – Librería Editrice Vaticana  
00120 Ciudad del Vaticano  
Tel. 06.698.85003 – Fax 06.698.84716

ISBN – 978-88-209-8001-6

[www.libreriaeditricevaticana.com](http://www.libreriaeditricevaticana.com)

# PRÓLOGO

**E**n el libro del Apocalipsis, San Juan cuenta que habiendo visto y oído aquello que le había sido revelado, se postraba en adoración a los pies del Ángel de Dios (cf. Ap. 22,8). Postrarse o arrodillarse ante la majestad de la presencia de Dios, en humilde adoración, era un hábito de reverencia que Israel manifestaba siempre delante de la presencia del Señor. Dice el primer libro de los Reyes: *“Cuando hubo acabado Salomón de hacer esta oración y súplica, levantóse de delante del altar del Señor, donde estaba arrodillado y con las manos tendidas al cielo, puesto en pie, bendijo a toda la asamblea de Israel”* (1 Reyes 8, 54-55). La postura de la súplica del Rey es clara: él estaba arrodillado delante del altar.

La misma tradición se encuentra también en el Nuevo Testamento donde vemos a Pedro ponerse de rodillas delante de Jesús (cf Lc 5,8); Jairo para pedirle que cure a su hija (Lc 8, 41); el Samaritano cuando regresa para agradecerle y María, hermana de Lázaro, para pedirle la vida a favor de su hermano (Jn 11, 32). La misma actitud de postración delante del estupor de la presencia y revelación divinas se nota generalmente en libro del Apocalipsis (Ap 5, 8, 14 e 19, 4).

Estaba íntimamente relacionada con esta tradición, la convicción que el Templo Santo de Jerusalén era la casa de Dios y por lo tanto era necesario disponerse en él en actitudes corporales expresivas de un profundo sentimiento de humildad y de reverencia en la presencia del Señor.

También en la Iglesia, la convicción profunda de que bajo las especies Eucarísticas el Señor está verdadera y realmente presente, y la creciente praxis de conservar la santa comunión en los tabernáculos, contribuyó a la práctica de arrodillarse en actitud de humilde adoración del Señor en la Eucaristía.

Efectivamente, al respecto de la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas,

el Concilio de Trento proclamó: *“in almo sanctae Eucharistiae sacramento post panis et vini consecrationem Dominum nostrum Iesum Christum verum Deum atque hominem vere, realiter et substantialiter sub specie illarum rerum sensibilibium continere”* (DS 1651). (\*)

Además, Santo Tomás de Aquino ya había definido la Eucaristía latens Deitas (S. Tomás de Aquino, Inni ). La fe en la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas pertenecía ya entonces a la esencia de la fe de la Iglesia Católica y era parte intrínseca de la identidad católica. Era evidente que no se podía edificar la Iglesia si esa fe fuese mínimamente menoscabada. Por lo tanto, la Eucaristía, pan transubstanciado en Cuerpo de Cristo y vino en Sangre de Cristo, Dios en medio de nosotros, debía ser acogida con estupor, máxima reverencia y actitud de humilde adoración. El Papa Benedicto XVI recordando las palabras de San Agustín *“nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit; peccemus non adorando”* (Enarrationes in Psalmos 89, 9 ; CCLXXXIX, 1385) subraya que *“recibir la Eucaristía significa ponerse en actitud de adoración hacia aquel que recibimos (...) sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera”* (Sacramentum Caritatis, 66).

Queda claro para quien sigue esta tradición que asumir gestos y actitudes del cuerpo y del espíritu que facilitan el silencio, el recogimiento, la humilde aceptación de nuestra pobreza delante de la infinita grandeza y santidad de Aquél que nos sale al encuentro en las especies Eucarísticas, se vuelve coherente e indispensable. El modo mejor para expresar nuestro sentimiento de reverencia hacia el Señor Eucarístico era el de seguir el ejemplo de Pedro que, como nos cuenta el Evangelio, se arrojó de rodillas delante del Señor y dijo *“Señor, apártate de mi, que soy hombre pecador”*. (Lc 5, 8).

Ahora bien, se nota que en algunas iglesias, tal práctica se hace cada vez más rara y los responsables no sólo imponen a los fieles recibir la Sagrada Eucaristía en pie, sino que incluso han sacado los reclinitorios obligando a los fieles a permanecer sentados o en pie, hasta durante la elevación de las especies Eucarísticas presentadas para la Adoración. Es extraño que tales procedimientos hayan sido adoptados en las diócesis, por los responsables de la

liturgia, y en las iglesias por lo párrocos, sin la más mínima consulta a los fieles, aunque hoy se hable más de que nunca, en ciertos ambientes, de democracia en la Iglesia.

Al mismo tiempo, hablando de la Comunión en la mano es necesario reconocer que se trata de una práctica introducida abusivamente y a prisas en algunos ambientes de la Iglesia inmediatamente después del Concilio, cambiando la secular práctica anterior y volviéndose enseguida la práctica regular para toda la Iglesia. Se justificaba tal cambio diciendo que reflejaba mejor el Evangelio o la práctica antigua de la Iglesia.

Es verdad que si se recibe en la lengua, se puede recibir también en la mano, siendo ambos órganos del cuerpo de igual dignidad. Algunos, para justificar tal práctica, se refieren a las palabras de Jesús: *“Tomad y comed”* (Mc 14,22; Mt 26,26). Cualesquiera sean las razones para sostener esta práctica, no podemos ignorar lo que sucede a nivel mundial en todas partes donde es adoptada. Este gesto contribuye a una gradual y creciente debilitación de la actitud de reverencia hacia las sagradas especies Eucarísticas. La praxis anterior en cambio preservaba mejor ese sentido de reverencia. A ella ha sucedido enseguida una alarmante falta de recogimiento y un espíritu general de distracción. Ahora se ven comulgantes que frecuentemente regresan a sus puestos como si nada de extraordinario hubiera ocurrido. Aún más distraídos se ven los niños y adolescentes. En muchos casos no se nota ese sentido de seriedad y silencio interior que deben señalar la presencia de Dios en el alma. El Papa habla de la necesidad de no sólo entender el verdadero y profundo significado de la Eucaristía, sino también de celebrarla con dignidad y reverencia. Dice que hay que estar conscientes *“de los gestos y de las posturas, como el arrodillarse en los momentos prominentes de la oración Eucarística”* (Sacramentum Caritatis, 65). Además de ello, hablando de la recepción de la Sagrada Comunión, invita a todos a *“hacer lo posible para que el gesto en su simplicidad corresponda a su valor de encuentro personal con el Señor Jesucristo en el Sacramento”* (Sacramentum Caritatis, 50).

En esta perspectiva es de apreciar la obra escrita por S.E. Mons. Athanasius Schneider, Obispo Auxiliar de Karaganda en Kazajistán, bajo el muy significativo título *“Dominus*

Est". El mismo quiere dar una contribución a la actual discusión sobre la Eucaristía, presencia real y substancial de Cristo bajo las especies consagradas del Pan y del Vino. Es significativo que Mons. Schneider inicie su presentación con una nota personal recordando la profunda fe eucarística de su madre y de otras dos mujeres; fe conservada entre medio de tantos sufrimientos y sacrificios que la pequeña comunidad de los católicos de aquél País padeció en los años de la persecución soviética. Partiendo de esta experiencia suya, que suscitó en él una gran fe, estupor y devoción por el Señor presente en la Eucaristía, él nos presenta un excursus histórico-teológico que aclara como la práctica de recibir la Sagrada Comunión en la boca y de rodillas fue acogida y practicada por la Iglesia durante un largo período de tiempo.

Yo creo que ha llegado la hora de valorar bien la mencionada práctica y de revisar y, si es necesario, abandonar la práctica actual, que de hecho no fue indicada ni por la Sacrosanctum Concilium, ni por los Padres Conciliares, sino que fue aceptada después de su introducción abusiva en algunos Países. Ahora, hoy más que nunca, es necesario ayudar al fiel a renovar una viva fe en la presencia real de Cristo bajo las especies Eucarísticas para reforzar así la vida de la Iglesia y defenderla en medio de las peligrosas distorsiones de fe que tal situación continúa creando.

Las razones de tal medida deben ser no tanto académicas cuanto pastorales – espirituales como litúrgicas – es decir, aquellas que edifican mejor la fe. Mons. Schneider en este sentido muestra un encomiable coraje, pues ha sabido entender el significado de las palabras de San Pablo: “pero que todo sea para edificación” (1 Cor 14,26).

**+Mons. Malcom Ranjith**

Secretario de la Congregación del Culto Divino  
y la disciplina de los Sacramentos.

Nota:(\*) Concilio de Trento, Sesión XIII, Cap II: "En primer lugar enseña el santo Concilio, y clara y sencillamente confiesa, que después de la consagración del pan y del vino, se contiene en el saludable sacramento de la santa Eucaristía verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo las especies de aquellas cosas sensibles".

# I

## **“Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat”**

### **Mujeres “eucarísticas” y la sagrada Comunión en la clandestinidad soviética**

El régimen comunista soviético, que duró cerca de setenta años (1917-1991), pretendía establecer una especie de paraíso sobre la tierra. Sin embargo, este reino no podía tener consistencia, pues estaba fundado sobre la mentira, sobre la violación de la dignidad del hombre, sobre la negación si no sobre el odio a Dios y a su Santa Iglesia. Era una reino donde Dios y los valores espirituales no podían y no debían tener ningún espacio. Todo signo que hiciese a los hombres acordarse de Dios, era suprimido de la vida pública y de la vista de los hombres. Existía, sin embargo, una realidad que hacía recordar a los hombres máximamente a Dios: el sacerdote. Por esta razón, el sacerdote no debía ser visible; más bien no debía existir.

Para los perseguidores de Cristo y de su Iglesia, el sacerdote era la persona más peligrosa. Quizás ellos, implícitamente, conocían la razón por la cual el sacerdote era considerado como la persona más peligrosa. La verdadera razón era ésta: sólo el sacerdote podía darle a Dios a los hombres, entregarles a Cristo de la manera más concreta y directa posible, esto es, a través de la Eucaristía y de la sagrada Comunión. Por esto, estaba prohibida la celebración de la Santa Misa. Pero ningún poder humano estaba en grado de vencer la potencia Divina que operaba en el misterio de la Iglesia y sobre todo en los sacramentos.

Durante aquellos oscuros años, la Iglesia, en el inmenso imperio soviético, estaba obligada a vivir en la clandestinidad. Pero lo más importante era esto: la Iglesia estaba viva, más bien, vivísima, si bien le faltaban estructuras visibles, edificios sagrados, y aunque hubiese una enorme escasez de sacerdotes. La Iglesia estaba vivísima porque no le faltaba del

todo la Eucaristía – si bien raramente accesible a los fieles-, porque no le faltaban almas con una fe firme en el misterio eucarístico, a menudo madres de familia y abuelas con un alma “sacerdotal”, que custodiaban y que hasta incluso administraban la Eucaristía con un amor extraordinario, con delicadeza y con la máxima reverencia posible, en el mismo espíritu de los primeros cristianos, expresado en el adagio “cum amore ac timore”.

Entre los numerosos ejemplos de mujeres “eucarísticas” del tiempo de la clandestinidad soviética, se presentará aquí el ejemplo de tres mujeres de conocimiento personal del autor: María Schneider (madre del autor), Pulcheria Koch (hermana del abuelo del autor) y María Stang (parroquiana de la diócesis de Karaganda).

\* \* \*

María Schneider, mi madre, me contaba: después de la II Guerra Mundial, el régimen stalinista deportaba a muchos alemanes del Mar Negro y del río Volga hacia los Montes Urales, para emplearlos en trabajos forzados. A todos se les internaba en pobrísimas barracas en un ghetto de la ciudad. Entre ellos, se encontraban algunos cientos de alemanes católicos. A menudo, se acercaban a ellos, en la máxima clandestinidad y secreto, algunos sacerdotes católicos para administrar los sacramentos, lo cual hacían poniendo en peligro su propia vida. Entre los sacerdotes que acudían más frecuentemente estaba el Padre Alexij Saritski, (sacerdote ucraniano, greco – católico y birritualista, muerto como mártir el 30 de octubre de 1963 cerca de Karaganda, beatificado por el Papa Juan Pablo II en el año 2001). Los fieles le llamaban afectuosamente “el vagabundo de Dios”.

En el mes de enero del año 1958, en la ciudad de Krasnokamsk, cerca de Perm, en los Montes Urales, llegó de improviso y como siempre, secretamente, el Padre Alexij, proveniente del lugar de su exilio en la ciudad de Karaganda en Kazakhstan.

El Padre Alexij se las ingeniaba para que el mayor número posible de fieles fuese preparado para recibir la sagrada Comunión. Para esto, se disponía a escuchar la confesión de los fieles, literalmente, día y noche, sin dormir ni comer. Los fieles le suplicaban, diciendo: "Padre, ¡debe comer y dormir!". Pero él respondía: "No puedo, porque la policía puede arrestarme de un momento a otro ¡y tantas personas quedarían sin confesión, y por tanto, sin Comunión!". Después de que todos se hubieron confesado, el Padre Alexij comenzó a celebrar la Santa Misa. De improviso resonó una voz: "¡La policía está cerca!". María Schneider, que asistía a la Santa Misa, dijo al sacerdote: "Padre, yo lo puedo esconder: huyamos!". La mujer condujo al sacerdote hasta una casa fuera del ghetto alemán y lo escondió en un cuarto, llevándole algo para comer. "Padre, finalmente ahora puede comer y descansar un poco. Cuando caiga la noche, huiremos a la ciudad más cercana". El Padre Alexij estaba triste, porque si bien todos se habían confesado, ninguno alcanzó a recibir la sagrada Comunión, porque apenas comenzada la Misa, hubo de ser interrumpida por la posible irrupción de la policía. María Schneider le dijo: "Padre, todos los fieles harán con mucha fe y devoción la Comunión espiritual, y esperamos que pueda usted volver para darnos la Comunión sacramental".

Con la llegada de la noche comenzó la preparación de la fuga. María Schneider dejó a sus dos hijos pequeños (un niño de dos años y una niña de seis meses), a cargo de su madre, y llamó a Pulcheria Koch (tía de su marido). Las dos mujeres se reunieron con el Padre Alexij y huyeron 12 kms. a través de un bosque, por la nieve y el frío, con una temperatura de -30°C. Lograron llegar a una pequeña estación, compraron un pasaje para el sacerdote y se sentaron en la sala de espera, pues el tren tardaría todavía poco más de una hora en llegar. De pronto, se abrió la puerta y entró un policía que se dirigió directamente hacia el Padre Alexij. Estando frente a él, le preguntó: "Usted, ¿hacia dónde se dirige?" El Padre no pudo responder a causa del espanto. No temía por su vida, sino por la vida y el destino de la joven madre Maria Schneider. A su vez, la joven mujer respondió al policía: "Éste es un amigo y nosotros lo acompañamos. Aquí está su pasaje". Y mostró al policía el billete. Éste, mirando al sacerdote, le dijo: "Por favor, no suba al último vagón porque será desenganchado del resto del tren en

la próxima estación. ¡Buen viaje!". Y rápidamente el policía salió de la sala. El Padre Alexij miró a María Schneider y le dijo: "¡Dios nos ha enviado a un ángel. No olvidaré jamás lo que usted ha hecho por mi. Si Dios me lo permite, volveré para darles la sagrada Comunión, y en cada una de mis Misas rezaré por usted y sus hijos".

Un año después, el Padre Alexij pudo volver a Krasnokamsk. Ésta vez sí pudo celebrar la Santa Misa y dar la sagrada Comunión a los fieles. Maria Schneider le pidió un favor: "Padre, ¿podría dejarme una hostia consagrada?, pues mi madre está gravemente enferma y ella quisiera recibir la Comunión antes de morir". El Padre Alexij dejó una hostia consagrada a condición de que si administraba la Comunión, lo hiciera con el máximo respeto posible. María Schneider prometió hacerlo de ése modo. Antes de trasladarse con su familia al Kirghistan, María Schneider dio a su madre enferma la sagrada Comunión. Para hacerlo, usó guantes blancos nuevos y con unas pinzas dio la Comunión a su madre. Después, quemó la bolsa en la cual estuvo reservada la hostia consagrada.

\* \* \*

La familia de Maria Schneider y de Pulcheria Koch se transfirió posteriormente a Kirghistan. En 1962, el Padre Alexij visitó secretamente Kirghistan y encontró a Maria y a Pulcheria en la ciudad de Tokmak. Celebró la Santa Misa en la casa de María Schneider y posteriormente, todavía otra vez en casa de Pulcheria Koch. En gratitud hacia Pulcheria, esta mujer anciana que lo había ayudado a escapar por el frío y la oscuridad del invierno hacia los Montes Urales, el Padre Alexij le dejó una hostia consagrada, dándole, sin embargo una precisa instrucción: "Le dejo una hostia consagrada. Haga la devoción de los primeros nueve meses en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Cada primer viernes de mes, exponga en su casa el Santísimo Sacramento, invitando para la adoración a personas de absoluta confianza. Todo deberá hacerse con la máxima discreción y secreto. Después del noveno mes, usted podrá consumir la hostia, pero hágalo con gran reverencia". Y así se hizo. Durante nueve

meses se realizó en Tokmak una adoración eucarística clandestina. También María Schneider estaba entre las mujeres adoratrices.

Estando de rodillas delante de la pequeña hostia, todas las adoratrices, mujeres verdaderamente eucarísticas, deseaban ardientemente recibir la sagrada Comunión. Pero desgraciadamente, sólo había una pequeña hostia, y al mismo tiempo, numerosas personas deseosas de recibirla. Por esto, el Padre Alexij había decidido que al término de los nueve meses la recibiese solamente Pulcheria y que todos los demás hiciesen una Comunión espiritual. De todas formas, éstas Comuniones espirituales eran muy valiosas, pues hacían a estas mujeres “eucarísticas”, capaces de transmitir a sus hijos, por así decirlo “con la leche materna”, una profunda fe y un gran amor por la Eucaristía.

La consignación de aquella pequeña hostia en la ciudad de Tokmak en Kirghistan fue la última acción pastoral del beato Alexij Saritski. Inmediatamente después del retorno a Karaganda de su viaje misionero en Kirghistan, en el mes de abril de 1962, el Padre Alexij fue arrestado por la policía secreta y enviado al campo de concentración de Dolinka, cercano a Karaganda. Después de muchos maltratos y humillaciones, el Padre Alexij obtuvo la palma del martirio “ex aeruminis carceris”, el 30 de octubre de 1963. Este día se celebra su memoria litúrgica en todas las iglesias católicas del Kazajistán y de Rusia; la Iglesia greco católica ucraniana lo celebra junto con todos los mártires ucranianos el día 27 de junio. Fue un santo eucarístico que educó a mujeres eucarísticas, mujeres que fueron como flores crecidas en la oscuridad y en el desierto de la clandestinidad, haciendo así que la Iglesia permaneciera realmente viva.

\* \* \*

El tercer ejemplo de mujer “eucarística” es el de María Stang, alemana del Volga, deportada a Kazajistán. Esta madre y abuela santa tuvo una vida llena de increíbles sufrimientos y de continuas renunciaciones y sacrificios. Sin embargo, fue una persona de gran fe, esperanza y alegría espiritual.

Ya de niña deseaba dedicar su vida a Dios. A causa de la persecución comunista y de la deportación, el camino de su vida fue aún más doloroso. María Stang escribía en sus memorias: “Nos han quitado a los sacerdotes. En el pueblo vecino había todavía una iglesia, pero lamentablemente ya no estaba presente el Santísimo. Así, sin sacerdotes y sin Santísimo, la iglesia se sentía fría, lo cual me hacía llorar amargamente”.

Desde aquel momento, María comenzó a rezar y a ofrecer sacrificios a Dios cada día, diciendo ésta oración: “Señor, danos un nuevo sacerdote, danos la santa Comunión. Todo lo sufro con gusto por amor a Ti, oh Sacratísimo Corazón de Jesús”. En el recóndito lugar de la deportación en Kazajistán oriental, María Stang reunía secretamente en su casa, todos los domingos, a otras mujeres para hacer oración. Durante aquellas asambleas dominicales, muchas veces las mujeres lloraban rezando así: “María Santísima y amada Madre nuestra, mira qué pobres somos. Danos de nuevo sacerdotes, doctores y pastores”.

A partir del año 1965, María Stang pudo viajar, una vez al año, a Kirghistán (distante a más de mil kilómetros de su hogar), en donde vivía un sacerdote católico en exilio. En el apartado pueblito de Kazajistán oriental, los católicos alemanes no veían un sacerdote desde hacía más de veinte años. María escribe: “Cuando llegué a Frunse (hoy Bishkek), en Kirghistán, encontré a un sacerdote. Entrando en su casa, vi un tabernáculo. No imaginaba que alguna vez en mi vida podría volver a ver, ni siquiera una sola vez, un sagrario. Me arrodillé frente a él y comencé a llorar. Luego, me acerqué al tabernáculo y lo besé”.

Antes de regresar a su pueblo en Kazajistán, el sacerdote entregó a María una píxide con algunas hostias consagradas. La primera vez que los fieles se reunieron en presencia del Santísimo Sacramento, María les dijo: “Tenemos una alegría y una felicidad que nadie puede imaginar; tenemos con nosotros al Señor eucarístico y podemos recibirlo”. Los presentes respondieron: “No podemos recibir la Comunión, pues no nos hemos confesado”. Seguidamente, los fieles tuvieron una reunión y tomaron la siguiente decisión: “Los tiempos son difícilísimos, y ya que se nos ha traído el Santísimo a través de más de mil kilómetros,

Dios nos será propicio. Entraremos espiritualmente en el confesionario delante del sacerdote. Haremos un acto de perfecta contrición y cada uno de nosotros se impondrá una penitencia". Así lo hicieron todos y después recibieron la sagrada Comunión, arrodillados y con lágrimas en los ojos; lágrimas de alegría y al mismo tiempo de contrición.

Por treinta años María reunió, cada domingo, a los fieles para la oración. Enseñaba el catecismo a niños y adultos, preparaba a los esposos para el sacramento del matrimonio, cumplía con los ritos de exequias y, sobre todo, administraba la sagrada Comunión. Cada vez que hacía esto último, lo hacía con corazón ardiente y temor reverencial.

Fue una mujer con un alma verdaderamente sacerdotal, una mujer eucarística.

# CONCLUSIÓN

Sobre el fondo de la bimilenaria historia de la piedad y de la tradición litúrgica de la Iglesia Universal en Oriente y Occidente, sobre todo respecto al desarrollo orgánico del patrimonio patrístico, puede concluirse la siguiente síntesis:

1. El desarrollo orgánico de la piedad eucarística como fruto de la piedad de los Padres de la Iglesia, ha conducido a todas las Iglesias, tanto en Oriente como en Occidente, aún ya en el primer milenio, a administrar la sagrada Comunión a los fieles directamente en la boca. En Occidente, al inicio del segundo milenio, se agregó el gesto profundamente bíblico de arrodillarse. En las múltiples variaciones litúrgicas orientales, se circunda el momento de la recepción del Cuerpo del Señor con solemnes ceremonias, y a menudo se exige a los fieles una previa postración en tierra.
2. La Iglesia prescribe el uso del platillo de Comunión o patena, para evitar que algún fragmento de la Hostia consagrada caiga en tierra (Cf. *Missale Romanum, Institutio generalis*, n.18; *Redemptionis Sacramentum*, n.93) y que el obispo se lave las manos después de la distribución de la Comunión (Cf. *Ceremoniale episcoporum*, n.166). En el caso de la distribución de la Comunión en la mano, frecuentemente se desprenden de la Hostia pequeños fragmentos los cuales, o caen en tierra o quedan adheridos a la palma y a los dedos del comulgante.
3. El momento de la sagrada Comunión, en cuanto encuentro de los fieles con la Divina Persona del redentor, exige, por su naturaleza, y aún exteriormente, gestos típicamente sacros, como la postración de rodillas. En la mañana de la resurrección las mujeres adoraron al Señor Resucitado postrándose en tierra delante de Él, (Cf. Mt 28,9); también los Apóstoles lo hicieron (Cf. Lc 24, 52) y quizás también el Apóstol Tomás se arrodilló diciendo: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

4. El dejarse nutrir como un niño, recibiendo la Comunión directamente en la boca, expresa de la mejor manera, ritualmente hablando, el carácter de la receptividad y del ser niño delante de Cristo que nutre y “amamanta” espiritualmente. El adulto en cambio, lleva por sí mismo el alimento hasta su boca con sus propios dedos.
5. La Iglesia prescribe que, durante la celebración de la Santa Misa, al momento de la Consagración, todo fiel deba arrodillarse. ¿No sería, litúrgicamente más adecuado si, al momento de la sagrada Comunión, cuando el fiel se aproxima físicamente tanto al Señor, al Rey de reyes, lo saludase y lo recibiese arrodillado?
6. El gesto de recibir el Cuerpo del Señor en la boca y de rodillas podría ser un testimonio visible de la fe de la Iglesia en el misterio eucarístico, como así mismo un factor restaurador y educativo para la cultura moderna, para la cual, tanto el gesto de arrodillarse como la infancia espiritual, son fenómenos completamente extraños.
7. El deseo de prestar a la augusta persona de Cristo, también en el momento de la sagrada Comunión, el afecto y el honor de manera visible, debería adecuarse al espíritu y al ejemplo de la bimilenaria tradición de la Iglesia: “cum amore ac timore”, el adagio de los Padres del primer milenio, además del “quantum potes, tantum aude” (“cuanto puedas, eso haz”), el adagio del segundo milenio.

Para terminar, damos espacio a una conmovedora plegaria de María Stang, madre y abuela alemana del Volga, deportada por el régimen stalinista en el Kazajistán. Esta mujer de alma “sacerdotal” custodiaba la sagrada Comunión y la llevaba, durante la persecución comunista, a los fieles diseminados en las lejanas estepas del Kazajistán, orando con éstas palabras:

*“Ahí, donde habita mi querido Jesús, donde truena desde el tabernáculo, ahí quiero permanecer continuamente arrodillada. Ahí quiero rezar perpetuamente. Jesús, te amo profundamente; Amor escondido, yo te adoro. Amor escondido, te adoro. Amor abandonado, te adoro. Amor despreciado, te adoro. Amor golpeado, te adoro. Amor infinito, Amor muerto por nosotros sobre la Cruz, te adoro. Mi querido Señor y Salvador, haz que yo sea enteramente amor, enteramente expiación por el Santísimo Sacramento en el corazón de tu clementísima Madre María, Amén”.*

Quiera Dios que los Pastores de la Iglesia puedan renovar la Casa de Dios, que es la Iglesia, situando a Jesús Eucarístico en el centro, dándole el primer puesto, de modo que sea Él quien reciba los gestos de honor y adoración, también en el momento de la sagrada Comunión.

*“¡La Iglesia debe ser enmendada a partir de la Eucaristía!” (“Ecclesia ab Eucharistia enmendata est!”).*

En la sagrada hostia no hay cualquier cosa, sino Alguien. *“¡Él está ahí!”*: así ha sintetizado el misterio eucarístico san Juan Maria Vianney, el santo cura de Ars. Porque no se trata de ningún otro ni de ninguno más grande que el mismo Señor: *“Dominus est!”*.